

# LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

**SUMARIO.** = *Almanaque profético para 1858.* = *Las dos Marías, traducción de Doña Robustiana Armiño de Cuesta, conclusion.* = *El canto de los helenos, novela traducida por D. Eugenio de Ochoa.* = *Correspondencia.* = *Geroglífico.*

## ALMANAQUE PROFETICO PARA 1858.

Todos hacemos almanaques; solo que no todos escribimos los almanaques que hacemos. Y sin embargo, vamos para allá.

En efecto, hace pocos años la publicación de un almanaque exigía un privilegio esclusivo; pero que desde esta es libre, como la carne de vaca, su número se aumenta prodigiosamente, siendo nosotros en esto, como en todo, fiel remedo de nuestros vecinos de allende el Pirineo, que brotan por todos sus poros publicaciones de esta especie no bien asoma el sol por el signo de Capricornio.

De entonces acá los almanaques han dejado de ser lo que antes eran. Ahora la ordenada serie de los días de la semana con los santos que respectivamente les corresponden, la indicación de las fiestas y de las lunaciones, y hasta los pronósticos de lluvia y de buen tiempo, constituyen, digámoslo así, una parte accesoria, siendo la restante y principal de ella una especie de olla podrida ó capon de galera, donde todo puede entrar rebujado y confuso, como entran en el puchero del pobre las diferentes viandas que sobran de la mesa del rico.

De aquí se deduce que en nuestro concepto al menos, un almanaque, en cuanto

DICIEMBRE.

concierne á sus formas, es cosa que no tiene sentido comun, por mas que en las distintas partes que lo componen hallemos con frecuencia aliciente sobrado para el entretenimiento y hasta para la instruccion, toda vez que ofrecen casi siempre noticias curiosas y de incontrovertible utilidad.

¿Pero está acaso en nuestras manos arreglar el mundo como mejor á nosotros nos parezca?

Pues si no lo está dejemos que se hagan almanaques, no arreglados á tal ó cual meridiano, sino arreglados al meridiano del gusto reinante, que esos son los que dan provecho.

Diógenes pugnaba por entrar en el teatro de Atenas cuando todo el mundo salía. Lo único que consiguió, como ya se puede suponer, fué que lo hartasen de empellones y de improperios. En esta cuestion al menos no queremos ser como Diógenes, puesto que ella no afecta ningun gran interés social. Siga el gazpacho, y buen provecho nos haga.

Admitido el género como mera cuestion de hecho, pasemos á concretarnos al *Almanaque profético* que acaba de ver la luz pública en Cádiz, entretenidísimo y sazonado librito, confeccionado por la escelente y acreditada pluma de nuestro buen amigo y compatriota el Sr. Sanchez del Arco, si bien su nombre no figura en él ostensiblemente.

Despues de lo que en rigor constituye un calendario, tal como el que por largos años ha venido formando tiras de papel que se enrollaban en las dos clavijas de cierto aparato muy cuco, se inaugura la





parte profética con un *Romance*, que en futuro perfecto conjuga fray Subjuntivo, y en el cual se habla de muchas cosas que habrán de suceder en el próximo año, todas ó las mas de ellas representadas en graciosas y risibles caricaturas grabadas en el mismo testo. Entre otras se ven dos mugeres, la una gruesa como un tonel, y la otra flaca como una caña de escoba, pero ambas enfundadas en enormes ahuecadores, de los cuales el segundo, un tanto arremangado, deja ver un par de piernas que nada tienen que envidiar á las de las grullas. La parte del romance que estas figuras esplica la pondremos aquí por via de muestra:

„El lujo progresará,  
mas será lujo de huecos,  
porque huecas las mujeres  
han de ser globos de viento.  
Clámen rígidos censores  
en contra de tanto hueco,  
ya que escritores sin gusto  
no ven del hueco lo bello.  
La dama que de gordura  
una albóndiga se ha hecho,  
con el te-engañé pomposo  
aumenta mas su gracejo.  
¿No se convierte en botija  
ó en porron de estrecho cuello,  
siendo tapon la cabeza  
y asitas los brazos gruesos?

• • • • •

Y cuando en vez de gordura  
no tiene mas que los huesos,  
y es una percha colgada  
de ahuecadores sin cuento;  
¿no se forma una mujer  
donde solo habia un espectro,  
mujer que puede lucir  
con las demás de su sexo?  
¿Qué contraste no resulta  
cuando alzado tanto vuelo  
porque el piso está mojado  
á impulsos de un aguacero,  
mueve la pierna de alambre  
y el pié con calzado estrecho?  
¿No parece una ilusion  
que tal balumba de género,

en dos palillos de dientes  
tenga todo el fundamento?"

Siguen tras esto las profecías del *Viejo de Tempul*. Son sibilíticas como ellas solas; pero están muy bien escritas.

En pos de las profecías vienen los juegos de prendas, encanto de nuestros años infantiles; pero que como todo lo antiguo, pugnan por sacar de nuevo sus rejuvenecidas cabezas en medio de los salones. Esto no es de estrañar, porque siendo la tierra redonda todo en ella ha de volver á principiar donde acaba. ¿Qué son *Los Lanceros* sino el antiquísimo rigodon, viejo ya cuando nosotros éramos niños?

Veinte y siete páginas no menos comprende la prodigiosa coleccion de estos juegos y de sus sentencias en el Almanaque. Los aficionados, y mas especialmente las aficionadas, encontrarán allí un tesoro poco menos que inagotable.

Y luego, un juego de prendas ofrece tantas ocasiones de soltar una indirecta galante ó amorosa, de deslizar una declaracion furtiva y embozada..... No olviden esto los pollitos y las pollitas. Animo, y á comprar el libro, que esta sola parte de él vale mas de los seis reales que cuesta. La Revista Médica os está esperando con los brazos abiertos.

Una vez en tren de juegos, tócale la suya á la cábala para las loterías primitivas del año de 1858. Esta lleva por título *El cuerno de oro*. Venga acá lo del oro, y quédese el que quiera con el cuerno.

A esta cábala le acontece lo que á todas; á saber, que es mas difícil acertar con su sentido que acertar con los números premiados.

Sin embargo, lo que para nosotros, profanos en la materia, es embrollado y turbio, deberá ser para los cabalistas prácticos, si no sencillo, tampoco en extremo dificultoso. Mediten pues sobre ella, y al avío. Por fortuna, despues de comprar el Almanaque, tienen en la puerta de junto la Administracion de Loterías. Este es uno de los pocos casos en que entre el proyecto y la realizacion no hay cuatro varas de distancia.



*La Agenda del Bufete*, que viene en pos de esto, compensa con lo útil lo que le falta de profético. Comprende una tabla de las monedas, pesos y medidas usados hoy en España, la reduccion de monedas de una especie á otra por medio de tablas ya calculadas, y asimismo de las extranjeras de autorizada circulacion á las españolas, la correspondencia entre las pesas y medidas antiguas con las del nuevo sistema métrico, y las diferentes clases y precios del papel sellado, con su aplicacion al giro de letras, cambio, libranzas, pagarés, escrituras y contratos.

El mejor trozo de embuchado de esta olla podrida es el que sigue, consistente en una *Zarzuela cosmética* para hacer crecer el cabello, y que se titula: *No mas calvos*. Es cosa que hace reir de corazon, y esperamos, Dios mediante, verla puesta en escena, toda vez que, segun tenemos entendido, la composicion de la música está muy adelantada. Alguna vez habíamos de oir un almanaque cantado á toda orquesta.

Pásase en seguida á los Horóscopos, segun el mes del nacimiento. Cada cual al leer el suyo verá si le conviene. Nosotros nacimos en Setiembre, y segun las señas del mes estamos predestinados, ó poco menos, á ser borrachos. Todavía no es tarde si la dicha es buena.

*El Piorro*. Este es el epígrafe del artículo que viene despues. ¿Pero qué cosa es el Piorro? ¿Qué quiere decir esta estraña palabra?

Piorro es corrupcion de Pierrot, personaje en caricatura de algunas farsas francesas tomadas del italiano. El nombre hizo fortuna aquí, y se aplicó á todos los que se parecen á aquel tipo dramático, que á la verdad no son pocos. Nuestro amigo, con su sólita gracia, lo daguerreotipa fingiéndole protagonista de un cuento de su invencion, que comprende casi su historia entera, ó al menos hasta el punto en que se hace cabalista inventor de un método nuevo y sencillo, cual es de los ruidos, los que, segun su peregrina teoría, corresponden á todos los números desde el uno al noventa. Por ejemplo, el estornudo corresponde al

número dos, los cencerros al cincuenta y nueve, y la matraca al sesenta y seis.

Desgraciadamente esta cábala es de bien poca utilidad para los sordos, y no hay piorro que oiga claro.

Continúa el libro por la tabla estadística de España recientemente publicada por el Sr. Ramirez Arcas, y concluye con una reseña de las familias reinantes en las naciones de la cuádruple alianza.

Tal es el Almanaque profético de que nos hemos ocupado en el presente artículo. Despues de lo que acerca de él llevamos dicho tenemos por escusado el recomendarlo, puesto que él á sí propio se recomienda por lo útil, por lo vario, por lo ameno y por lo bien escrito.

Ultima palabra en su abono. No cuesta mas que seis reales. Esto es, tres cuartos mas que la vaca piltracosa que nos venden en las tablas del mercado, y nueve cuartos menos que tres medios de castañas.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

## LAS DOS MARIAS.

(Conclusion.)

V.

LA PAISANA DE LERMOND.

Serian cerca de las cinco de la mañana siguiente, cuando una muger como de unos cuarenta años mas que menos, buena estatura, exagerada mas aun por la encapotada cofia de linon almidonado, llamó á la puerta del palacio de Vieux-Bois situado en la calle del Monte Blanco. Esta muger venia acompañada de un mozo que traia un paquete debajo del brazo.

—¿Es este el palacio de la Señora baronesa de Vieux-Bois? preguntó la paisana al conserge que se habia levantado apresuradamente para abrirle la puerta.

—Y lo mismo que vos sois Juanita la Goule, á la que todos aguardan con impaciencia, respondió el portero tomando el paquete de manos del mozo, é invitando á la paisana á entrar en su cuarto.

—Entrad, entrad añadió, que tendreis tiempo á descansar. Por allá arriba todos duermen,



amos y criados, y antes que se despierten..

—Con que me conocéis? preguntó Juanita entrando en la habitación del portero.

—Yo! si en mi vida os he visto! pero andad, andad, qué buena gresca se va á armar con vuestra llegada!

—Cómo? cómo? preguntó la paisana con admiración.

—Venís á ver á vuestra hija, no es verdad?

—A mi hija y á la hija de la baronesa que las he criado yo, yo misma.... vengo á ver también á la señora, á la servidumbre, y al hermoso Paris.... ¡Toma!

—Pero Juanita, volvamos á la primera pregunta, ¿venís á ver á vuestra hija?

—Pero.... me asustais?

—No hay por qué, buena muger.

—¿Acaso mi hija está enferma?

—Quí! tan buena como nosotros.

—Y entonces?

—Entonces, que será muy difícil que puedan enseñarosla.

—Pero señor, si vive, si está buena...

—Queréis escucharme, buena muger?

—Una hora hace ya que os escucho, buen hombre, y nada hemos adelantado.

El portero que habia permanecido en pie se sentó en frente de la paisana, y dijo:

—Pues como os decia.... cuando la señora envió á buscar á la señorita; nos trajeron dos.

—Sí, sí, ya lo sé... si fuí yo misma quien....

—No me interrumpais os lo suplico. Nos trajeron dos tan iguales que fué imposible reconocer la nuestra.

—Pues para mí seria muy fácil, y os aseguro que no me engañaré.

—Vos, que no las habiais perdido de vista ni un instante, bueno; pero nosotros que veiamos dos criaturas de un año, rubias, lindas, el mismo gorrito, la misma falda, ambas limpias, aseadas, y luego nada que hiciese distinguir á la hija de la baronesa de la hija de la paisana... ya veis.

—¿Y qué ha hecho entonces la señora baronesa? preguntó Juanita abriendo desmesuradamente los ojos.

—Caramba! ya veis buena mujer que no debeis afligiros, porque en lugar de la señora baronesa habríais hecho lo mismo.

La señora la ha mirado á las dos como hijas, las ha educado por igual haciéndolas aprender á leer, escribir, música, piano, vamos; toda la bataola del señorío, de manera que aquí no hay hija de baronesa ni de paisana, aquí solo hay dos hijas de la baronesa, y aquella á quien digais «eres mi hija» se muere de seguro.

—Cómo! señor de.... cómo os llamais?

—Mr. Courtois, para servir á la señora Juanita.

—Pues bien, Mr. Courtois, ¿creeis que mi hija, mi Mariquita no se alegrará de volverme á ver?

—Señora Juana, poneos por un momento en lugar de vuestra hija, que no es como pensais una niña, sino una hermosa jóven, de mas de doce años. Además, señora Juana, lo que os digo no es invención mia, es una conversacion que tenian ayer noche las dos jóvenes.... ¿Queréis que os hable francamente? pues lo mejor que les podia suceder era que os aconteciese lo mismo que á nosotros, y que no os fuese posible distinguirlas. En cuanto á mí, os aseguro que si estuviese en el lugar vuestro no las distinguiria.

—Cómo! es imposible que no pueda distinguir á mi hija.

—Señora Juanita, vos hareis lo que gusteis, yo os hablaba francamente porque me intereso por las dos jóvenes: una paisana sube perfectamente á señorita, pero una señorita... descender á ser paisana.... no solo es difícil, sino imposible.... en fin, ahí teneis á Germana que acaba de abrir las ventanas, señal infalible de que esas señoritas están ya levantadas. Subid al primer piso, llamad á la puerta de la derecha y os abrirán, y.... y es bien seguro que antes de una hora habrá lágrimas en los ojos de esas hermosas niñas, tan gentiles, tan amables... sobre todo la señorita Luisa-Maria!... y como no sea esa la vuestra!

El conserje se retiró al fondo de su habitación, y la paisana de Lermond empezó á subir la escalera llevando sobre su corazon el peso de todas aquellas palabras que la aturcian hasta el punto de no saber á donde habia de volver los ojos que no temblase. El espectáculo que encontró en la habitación de la baronesa la hizo detenerse temblando en el dintel de la puerta.

La baronesa no se habia levantado todavía, pero sobre la alfombra que rodeaba su lecho, estaban de rodillas dos hermosas jóvenes vestidas de igual trage, estrechando cada una, una de las manos de la baronesa y cubriéndola de besos y de lágrimas.

—Entrad, mi querida Juanita, dijo la baronesa que también lloraba, venís á arrebatarme una de mis hijas! Dios mio! yo que os he pedido tantas veces la gracia de reconocer á mi hija, y hoy... hoy tiemblo, porque... las amo tanto á las dos!

Durante esta exclamacion de la baronesa, la paisana se adelantaba lentamente, y las dos jóvenes puestas en pie aguardaban en silencio la sentencia de Juanita, cuando sea que real-



mente no pudiera distinguirlas, ó que no hubiese echado en olvido las palabras del portero, la paisana las contempló algunos momentos y murmuró bajando los ojos:

—Señora baronesa, no puedo distinguir á mi hija.

—Cediendo al impulso de su inesperado gozo las dos jóvenes saltaron al cuello de Juanita exclamando:

—¡Buena nodriza! buena nodriza! las dos te amaremos siempre tiernamente.

—Como nodriza, pero no como madre, respondió la pobre mujer deshaciéndose en lágrimas.

—Juanita, Juanita, exclamaba la baronesa, ¿es verdad que no conocéis á vuestra hija?

La paisana dudó todavía un momento, pero al fin respondió con voz firme.

—No, señora baronesa, no la reconozco.

## VI.

### EL PIÉ DELATOR.

Hacia ya un mes que la paisana estaba en París, bien cuidada, bien servida pero muy triste, porque el corazón de la pobre madre sufría mucho al ver que ninguna de aquellas dos jóvenes hubiera querido ser su hija.

El misterio seguía impenetrable á pesar de que la baronesa había empleado todos los resortes de la mujer hábil y de la madre ingeniosa para descubrir el mas leve indicio, pero Juanita se encerraba en un silencio absoluto.

—No la reconozco, respondía sin cesar á las innumerables preguntas que bajo diferentes fases le hacia la baronesa, no, no la reconozco.

En cuanto á las dos jóvenes, habían vuelto al colegio: todo había entrado en casa de la baronesa en su estado normal, y las niñas no venían á casa sino de quince en quince días, el sábado por la tarde, para volver á marchar el lunes por la mañana.

La primera vez que volvieron de la pension, Ana María no pudo reprimir un movimiento de disgusto al ver á la paisana, y acercándose al oído de su hermana, dejó escapar estas dos palabras:

—¡Todavía aquí!

—Y no se la puede despedir, respondió Luisa inclinandose hacia Ana.

Juanita se adelantó entonces tímidamente hacia ella para abrazarlas, y ambas jóvenes, sobre todo la última, la recibieron con bastante gracia; pero á la segunda quincena, Ana María, retrocedió al ver á Juanita que se acer-

caba con los brazos abiertos, y le dijo con bastante sequedad.

—Permanecereis mucho tiempo en París?

—Acaso desear que me marche? preguntó la paisana con admiración.

—¿Y no podeis hablarme como yo os hablo, y decirme "vos" replicó Ana-María.

—Chut! Chut! no le digas eso, se apresuró á responder Luisa-María, en tanto que el pasmo de Juanita le impedía responder á semejante imprudencia.

—¡Decirte vos! exclamó al fin la paisana estallando de indignación.

—Perdonad, buena nodriza, dijo Luisa apresurándose á tomar la palabra, ella no creía ofenderos con esa advertencia. ¿No es verdad?

—No por cierto, no creía ofenderos haciéndolos notar, que no parece bien nos esteis tuteando á todas horas. Ya veis, querida Juanita, que todos los criados nos dicen "vos".

—Y soy acaso una criada? exclamó la paisana con la mayor exasperación, ¿aunque no fuese madre de ninguna de las dos, no os he criado á mi pecho con la mayor ternura? oh! Dios mio! Dios mio!

—Jesus! cuanto ruido por una palabra, respondió tranquilamente Ana-María.

—Ah! ingrata! es que esa palabra era un dardo para mi corazón!

La paisana gritaba y lloraba tan alto, que á pesar de las contemplaciones de Luisa, la baronesa acudió toda asustada al lugar de la escena.

—Qué hay? qué hay, mi querida Juanita, preguntó admirada al ver la notable alteración de la pobre mujer.

—Hay.... hay señora, respondió la pobre madre sofocando sus gemidos, hay, que como dice el cura de mi parroquia, es preciso volver á Dios lo que es de Dios, y al prógimo lo que es del prógimo. Aquí hay dos niñas, señora baronesa, una vuestra y otra mia, llevaos la vuestra, y dadme la mia, para volverme con ella á Lermond.

—¿Pero, y cómo te he de dar la tuya si no las distingues? exclamó la baronesa casi tan alterada como Juanita.... un medio, un medio de averiguar al fin la verdad.

—Un medio? prosiguió Juanita cada vez mas resuelta: haced descalzar á la que llamais Ana-María, que tiene un dedo de menos en el pié izquierdo; la que tiene un dedo de menos es mi hija!

Estas palabras hicieron el efecto del rayo en Ana-María, que se desplomó sin sentido en brazos de Luisa, que al verla caer se apresuró á recibirla en ellos.

—¡Oh Dios! yo asesiné á mi hija, exclamó



Juanita con ese espanto maternal que no dejaba la menor duda de que Ana era su verdadera hija. Luego tomó en sus robustos brazos á la pobre niña que seguía desmayada, la trasportó sobre su mismo lecho, le prodigó toda clase de cuidados, y sin embargo, en el momento en que la vió abrir los ojos, teniendo miedo, ó al menos temor de encontrar en la mirada de su hija un reproche de los mas amargos, la pobre paisana se ocultó detrás de las cortinas para evitar el primer choque.

Pero las primeras palabras que pronunció Ana-María, fueron:

—Mi madre! dónde está mi madre? Oh! cuánto han debido herirla mis palabras!

Y al ver que solo estaba allí la baronesa, añadió con ternura.

—Oh! vos tambien sois mi madre, una buena madre á quien debo mas que la vida; pero la otra á quien debo la vida ¿dónde está? que venga para que yo la pida perdon!

—Oh! ¿quieres que yo sea tu madre tambien? exclamó la paisana ebria de gozo saliendo detrás de las cortinas.

—Sí, sí, madre mia! perdonad á mi orgullo, á mi vanidad, porque mi corazon os amaba.

—¿Y vendrás conmigo á Lermond?

—Sí, sí, á todas partes, donde vos queráis ir, madre mia; decia tiernamente la pobre niña.

—Oh, hermana mia! exclamó Luisa; no nos separemos jamás: y dirigia sus miradas suplicantes á la baronesa y á Juanita.

—Sí, no separemos jamás estas dos niñas, Juanita, dijo la baronesa; tú te quedarás con nosotras y formaremos para siempre una sola familia. Ana-María ha sido durante once años mi hija, ha sido la tierna hermana de Luisa, y no consentiremos jamás que nos la roben.

—Ah! señora, respondió Juanita con sumision, con tal de que no la abandone jamás, haced de mí lo que queráis.

Ahora, mis hermosas y queridas lectoras, si quereis saber lo que ha sido de estas amables jóvenes, la baronesa de Vieux-Bois se casó al poco tiempo con el marqués de Soussignan, y Ana-María con un gran negociante de Rouen, donde vive al lado de Juanita, considerándose con esto completamente feliz.

Las dos Marías continúan siendo el ejemplo de una tierna y fraternal amistad.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

## EL CANTO DE LOS HELENOS.

NOVELA TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

DON EUGENIO DE OCHOA.

(CONTINUACION.)

—Léala Vd. sin cumplido, le dijo, léala Vd. y así podrá darnos noticias de París ó de Atenas.

El príncipe se escusó diciendo que la carta solo traía unos cuentos insignificantes; observé tambien que no volvió á atravesar bocado, que se retiró en cuanto concluyó el almuerzo y que luego volvió al salon, cargada la frente de nubes que difícilmente logré disipar.

Apesar mio aquella carta me daba en qué pensar. Dos dias despues recibí otra: aquella vez, presa de una vaga y dolorosa sospecha, la eché una furtiva mirada y observé no sin celosa angustia que por todas las señas era de letra de mujer y muy elegante. Tambien entonces tomó la carta sin hablar palabra, pero mostrando mas enojo que sorpresa, siguió almorzando y en vez de desaparecer despues de tomar el té, empezó á hablar con mas desparpajo que de costumbre.

Incapaz de dominar mi agitacion, pasé el dia en una penosa lucha entre mis celos y mi orgullo. Unas veces me sentia á punto de pedir perdon de mis sospechas y de suplicar á Alfeo que me esplicase aquel misterioso incidente; otras no queria forzar su confianza sin hacerle testigo de mi flaqueza.

Por la noche, mientras la familia estaba reunida en el terrado respirando el fresco, Alfeo aprovechó un momento para entregarme con disimulo una carta, acompañada de algunas tiernas palabras de reconvencion, que leí precipitadamente sin ser vista: era de un procurador muy conocido, y en ella le llamaba á París con urgencia para arreglar no sé qué asunto importante. Entonces, semejante á los cobardes que, pasado el peligro, se sienten llenos de valor, me indigné contra mi desconfianza y fuí á reunirme con los demás: Alfeo estuvo hablando muy naturalmente de su partida y esplicando los motivos que le obligaban á ella. Mi abuela la llevaba muy á mal.

—En mi tiempo, decia mi abuela, se estaba uno quieto en tales casos y enviaba á paseo á los procuradores.

—¿Quiere Vd. que así lo haga? me dijo el príncipe al oido.

—No, le respondí; eso seria volver á dudar de Vd.



Pasamos una noche deliciosa: en el terrado nos sirvieron el té y la conversacion estuvo mas animada que de costumbre: solo mi primo Jorge permaneció pensativo y silencioso.

—Apuesto, le dijo mi abuela, á que estás pensando en las hermosas noches estrelladas que has pasado á bordo de tu buque.

—En efecto, repuso mi primo sonriéndose con cierta tristeza, estaba pensando en que pronto dejaré todos estos perfumes de rosas para ir á respirar el olor de la brea.

Esta frase me llamó la atencion recordándome la tontería que le dije un día cuando éramos niños.

—¿Es posible, me dije, que tan de atrás me guarde rencor?

Quise manifestarle cuanto sentia aquella próxima partida, pero me contestó con tanta frialdad, que á las primeras palabras me quedé cortada.

¡Qué noche aquella, oh Blanca! Tal es la magia de los recuerdos juveniles, que mis pensamientos me trasladan todavía algunas veces á aquel terrado cubierto de flores donde oí á una voz querida hablarme al oído de un amor eterno bajo un cielo purísimo....

Al día siguiente partió Alfeo y recuerdo que no espermenté mucha pena en el momento de decirle adios: aquella separacion no debía durar mas que una semana, y hay tambien algun encanto en *esperar*: además, nuestro pobre corazon está tan distante de haber sido formado para una felicidad completa, que experimenta en ella una especie de fatiga. Parecíame dulce recogerme dentro de mí misma y descansar, en cierta manera, antes de proseguir aquel camino en el que aun no veía mas que flores, y en el que muy pronto no debía encontrar mas que abrojos.

Pasé pues el día muy tranquila: por la noche, al acostarme, ví con sorpresa, sobre mi tocador, en una copa de mármol en que solia dejar mis sortijas y mis pendientes, una carta sellada con lacre negro. Abríla precipitadamente y leí lo que sigue:

«Una persona que tiene mil motivos para aborrecerla á Vd. y que sin embargo compadece su juventud y su inesperienza, la dirige un consejo saludable. Renuncie Vd. para siempre al príncipe Alfeo Micaelis. Si desprecia Vd. este aviso correrá voluntariamente á su perdicion. El arrepentimiento llegará tarde.»

Estupefacta, toda trémula, tiré precipitadamente del cordon de la campanilla para llamar á mi doncella y obtener la explicacion de aquel enigma, pero una súbita reflexion me inspiró bastante prudencia para contener mi emocion al preguntarla qué significaba aque-

llo. Mi doncella, que era una muchacha muy honrada de nuestro pueblo y en quien yo tenía entera confianza, me aseguró que no habia puesto papel ninguno en mi sortijero. Cien veces leí y releí el terrible billete sin saber qué pensar y formando las congeturas mas inverosímiles: ya acusaba á Jorge, ya á Noemí. A la mañana siguiente les observé con suma atencion buscando en sus rostros alguna señal de malicia ó de complicidad, pero nada logré sorprender: además una voz interior me decia que ambos eran incapaces de una broma tan pesada.

Por la noche me retiré á mi cuarto en una inquietud que me era imposible dominar. El sortijero contenia una segunda carta con sello de luto, como la primera, y cuyo contenido era el siguiente:

«Mire Vd. lo que se hace! Está Vd. en la orilla de un precipicio. Arranque Vd. resueltamente las flores ponzoñosas que le cubren y le aparecerá en todo su horror. En nombre de su felicidad, en nombre de su vida renuncie Vd. para siempre al hombre ingrato y pérfido que nunca la ha amado.»

Seria largo repetirte aquí todas las cartas que recibí de esta manera: además, voy llegando á un momento tan doloroso de recordar, que me falta tiempo para poner fin á esta triste confesion que me he impuesto. Durante una semana entera aquellos misteriosos billetes me persiguieron á todas horas; ya me los encontraba en un libro principiado, ya en un ramillete, ya á mis piés en el jardín, y luego, todas las noches, en el fatal sortijero. Unas veces contenian lúgubres vaticinios, tremendas amenazas que me helaban la sangre; otras un dibujo fúnebre, un sepulcro ó una calavera. Momentos habia en que mi imaginacion exaltada me hacia ver algo sobrenatural en aquella tenaz persecucion; pero pensándolo despacio no podia menos de adivinar en ella un plan de venganza urdido por una rival abandonada, y á todos mis tormentos se añadía el de los celos.

Alfeo escribió á mi abuela una carta muy tierna, en la que se lamentaba de la lentitud y la tiranía de los curiales que exigian su presencia todavía por una semana. Incapaz de soportar por mas tiempo aquella angustia, no teniendo junto á mí persona á quien fiar mi secreto, me decidí á escribir al príncipe, á contárselo todo, rogándole con las mas vivas instancias que volviese pronto.

Después de haber escrito aquella carta muy temprano para que no me sorprendiesen, me sentí mas aliviada. En la ciega confianza del amor, todo lo esperaba de Alfeo, proteccion,



felicidad. Parecíame que estaba siendo juguete de una maquinación, que una palabra suya bastaría á disipar.

Con esto me presenté al almuerzo menos abatida que los otros días, tanto que mi abuela lo notó.

—Hoy estás mejor que otros días, Albina, me dijo. Sea enhorabuena! Por favor te pido que no te aflijas por unos días de ausencia: déjate de dramas y toma la vida como una comedia, único género en que yo puedo ya hacer papel.... Y á propósito de dramas, ¿sabeis que tenemos aquí cerca una *dama blanca*?

Todos lo echaron á broma; solo yo esperímenté una vaga inquietud.

—¿No te tienta el deseo de imitar al caballero de Avenel (1), Jorge, repuso mi abuela, ya que llevas su mismo nombre?

—¿En qué torreon hay que ir á pasar la noche para ver á esa misteriosa dama? preguntó mi primo sonriéndose. Es jóven? es linda? Habla del tiempo pasado ó del venidero?

—Es jóven, no hay que preguntarlo, añadió mi abuela. A mi edad las mujeres no se aparecen á nadie: si habla, debe ser de lo venidero, porque cada cual sabe muy bien lo que le ha pasado en su vida y no gusta de que se lo recuerden; pero hago mal en llamarla *dama blanca*, pues al contrario es toda *negra*, como el paje de Malborough (2), y lleva un velo funeral que la cubre el rostro. Dicen que vive aquí cerca en casa de unos pobres labradores á quienes da oro en cambio de un poco de pan moreno.

—Me temo, dijo friamente mi tia, que esa desconocida sea una aventurera trashumante.

—Como quiera, dijo Noemí, estoy segura de que no voy á volver á cerrar los ojos de miedo.... Pero miren Vds. qué pálida está Albina! se ha puesto mala.

(Se continuará.)

(1) Alude á la preciosa novela de W. Scott, „El Monasterio.”

(2) El héroe de la conocida cancion „Mambrú se fué á la guerra.”

## CORRESPONDENCIA.

Sra. Condesa de P. R.: *Jerez*.—Queda renovada su suscripcion por 1858 y remitido los libros que se servia pedir por el regalo que le corresponde.

Sr. Don J. L. de T.: *Sevilla*.—Por el correo del 11 le fué enviado el primer cuaderno de Marzo, por el que podrá remitir 12 sellos de á 4 cuartos.

Sr. Don F. de R.: *Granada*.—Ya digimos á V. en nuestro n.º anterior que le habian sido enviados los números 9 y 45. El 48 que nuevamente reclama le fué enviado en 11 del corriente.

Sr. Don R. D.: *Ecija*.—Fué puesto en correos en 11 del actual el Almanaque profético que pidió.

Sr. Don R. M. y G.: *Salamanca*.—Queda renovada su suscripcion por los meses de Diciembre, Enero y Febrero.

Sr. Don R. G. de C.: *Sevilla*.—Se le han duplicado los figurines que dice no haber recibido, sin embargo de que esta falta no procede de nuestra administracion.

Sr. Don F. F.: *Barcelona*.—Le ha sido remitido el n.º de Octubre, que en su nombre reclamó el correspondal de nuestra administracion en esa D. I. L. B.

Sr. Don J. de G. *Torres de Berrellen*.—Queda renovada su suscripcion por Diciembre, Enero y Febrero, no siéndolo hasta Marzo como solicita, porque con los 59 sellos que remitió no cubren los 34 reales que importaban. Los números 41 y 43 le fueron enviados.

Sra. Doña C. M. L.: *Montellano*.—En vista de lo que manifiesta se le han duplicado los cuadernos de Octubre y Noviembre.

Sra. Doña V. I.: *Madrid*.—Queda mudado su domicilio con arreglo á la nota que nos ha enviado.

*Al anónimo que hemos recibido de.....* Decimos: que las faltas que se sirven denunciarnos las sentimos estremadamente; pero como comprenderán, no es posible evitar los abusos que se cometan por los subalternos de quienes hay que valerse. Sin embargo, queda el medio de suscribirse directamente, con lo cual conceptuamos se remedie el mal.

### Solucion del geroglífico anterior.

*Por ver Moisés á Dios,  
Púsose las antiparras;  
Purísima Concepcion,  
Para mí son las cucharas.*

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1857.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

